En diciembre de 1969 Juan Manuel Sánchez y Juana Elena Diz celebraron en la Asociación Cultural Iberoamericana de Madrid una exposición de serigrafías y grabados, representativa de uno de los mejores momentos de la estampa popular argentina. Como réplica a la especulación que se realiza con la obra de arte en casi todos los países, estos artistas presentaban una obra menor, pero orientada a una motivación de gran aliento, la de poner al alcance del pueblo unas imágenes que han surgido y se han inspirado en él.

A esta exposición de la Asociación Cultura Iberoamericana vino Juan Manuel Sánchez con tres hermosas imágenes: una ilustración para un poema de Rubén Derlis, en la que el poeta reclama un corazón nuevo para mejor comprender el dolor del mundo; una inquietante imagen de amor y soledad, a la que igualmente pone sus palabras el poeta: «Viajo de noche por tu piel hasta llegar al día», y un hermoso retrato de una mujer india en la que el pintor ve la réplica desenfadada y tierna de la Gioconda florentina.

Con todo ello la exposición trajo a Madrid el testimonio de un movimiento sincero, revolucionario y vigoroso —el grupo «Espartaco»— y de la continuidad que a sus ideales e intenciones dan después de separados Juana Elena Diz y Juan Manuel Sánchez, artistas enteros amorosamente dedicados al cultivo de una obra de día en día mejor hecha.—RAÚL CHÁVARRI *(Instituto de Cultura Hispánica. MADRID).*

ROSA CHACEL, O LOS LABERINTOS DE LA INFELICIDAD

> *No sé si era la cólera o la amargura lo que me llenaba los ojos de lágrimas. Me parecía que ya, en los días de mi vida, no volvería a sentir nada a lo que se le pudiese llamar en una u otra forma amor.* ROSA CHACEL: *Memorias de Leticia Valle.*

MARKETING Y CONSUMO

Al fin se ha dado carta de bienvenida a lo que se ha dado en denominar «operación retorno»: la vuelta a nuestro país de los escritores, novelistas, poetas, ensayistas, intelectuales de todo tipo, que, a raíz de nuestra última guerra, sembraron la geografía mundial con los gérmenes de una diáspora dolorosa.

En las diversas reseñas, comentarios, incluso alguna antología, que se han efectuado teniendo como tema la labor de estos escritores, se han barajado una cantidad apreciable de nombres, pero, curioso dato: siempre destaca el género masculino entre cualquier tipo de apreciaciones. Qué duda cabe, ya que Sender, Francisco Ayala, Max Aub, son nombres, prácticamente, de dominio público. Mucho menos conocidos son los de Paulino Massip, Segundo Serrano Poncela, Salazar Chapela o Agustí Bartrá, pese a que también poseen una obra muy estimable. Sin embargo, se ha olvidado, reiteradamente, que también existe una novelística femenina en el exilio. Rosa Chacel y Merçé Rodoreda son los únicos nombres que se han repetido, sólo de un tiempo a esta parte, desde círculos muy restringidos.

Mujeres, mujeres...

Pero es curioso: existe, efectivamente, un grupo de narradoras de obra fecunda y completamente desconocida que me tomo a libertad, creo que por vez primera, de agrupar con vistas a futuras aproximaciones en profundidad. Cabría destacar de este grupo, como no, a las dos novelistas citadas, Rosa Chacel y Merçé Rodoreda (1909), residentes en Río de Janeiro y Ginebra, respectivamente. De la primera me ocuparé a continuación; de la segunda cabe destacar que es la primera narradora actual en lengua catalana y que su novela *La plaza del diamante* es una de las cimas olvidadas de nuestra literatura de posguerra. *Aloma* (publicada en 1936), *Mi Cristina y otros cuentos* y *La calle de las camelias* (premio «Ramón Llull» de 1969), entre su obra más significativa, descubren unos horizontes hermosísimos y que nuestra juventud debiera conocer debidamente.

Con Rosa Chacel, la patriarca de la literatura española en el exilio, es Paulina Crusat (1900), reincorporada a la vida civil española hace unos años. De Paulina Crusat diversos ensayistas han destacado su notable influencia, recibida de la obra de Proust y de Virginia Wolf; es autora, entre otros libros que estimo menos importantes, de *Mundo pequeño y fingido* (1953), *Aprendiz de persona* (1956), *Las ocas blancas* (1959).

Capítulo aparte merece la esposa de Rafael Alberti, Mari Teresa León (1905), de la que sólo conozco tres libros, pero todos ellos interesantes por diversos aspectos: *Contra viento y marea* (novela histórica), *Menesteros, marinero de abril* (1965) y *Juego limpio* (1959).

Detenerme en demasía sería robar un espacio con el que no cuento. Luisa Carnés, fallecida en México en 1964, escribió una hermosa no-

vela sobre nuestra guerra, *Juan Caballero*. De Isabel de Palencia —no he podido conseguir la fecha de su nacimiento— ha dicho Antonio Iglesias Laguna —de la Comisión de Censura del Ministerio—: «descarga su amargura, a veces de gran emoción, en su relato *En mi hambre mando yo* (195...). Constancia de la Mora, hija de un famoso general de la República, escribió un libro parece ser que muy sincero: *Doble esplendor*. Maruxa Vilanta, entre otros libros, tiene *Los desorientados*. No quisiera olvidar en esta relación, tan insuficiente a todas luces, a Cecilia G. de Guilarte, residente en los Estados Unidos y Premio Aguilas hace dos años. Es muy curioso el caso de Tana de Gámez, que escribe sus libros en inglés. Y un lugar equívoco ocupa Isabel Alvarez de Toledo, duquesa de Medina Sidonia, si bien residente en España, autora de una esquemática novela, *La huelga*, publicada en París en 1968.

Rosa Chacel: Biografía y éxodo

Me detendré hoy en la figura, para mí apasionante, de Rosa Chacel, que el nuevo ensayismo hispano está considerando como la primera novelista española del siglo, lugar sólo compartible con Merçé Rodoreda.

Rosa Chacel nació en Valladolid en 1898. Antes del estallido histérico de 1936 ya era una figura conocida y estimada, estimación y conocimientos muy vinculados al grupo —después tan maltratado— de *Revista de Occidente*, capitaneado por Ortega. Grupo —no es posible olvidarlo— que evolucionó a raíz del conflicto hacia derroteros más moralizados por la peripecia histórica; tal es el caso de la obra de Ayala y Max Aub. Al mismo grupo pertenecieron —cito como referencia histórica, no siempre conceptual— Benjamín Jarnés y Juan Chabás, entre otros.

En 1930 Rosa Chacel publicaba su primer libro, una novela. *Estación de ida y vuelta*, escrita en Roma entre 1926 y 1928; se ha dicho de ella que «sin dejar de ser una novela realista, a veces deliberadamente pueril, ruda y prosaica, a la manera de los novelistas españoles de principio de siglo, desarrolla un proceso introspectivo o más bien un monólogo, en el que las vicisitudes del personaje, interiores y circunstantes, son discriminadas por un intenso ejercicio mental, que a veces recuerda los *Cuadernos de Malte Laurids Brigge de Rilke*. Opinión ésta muy autorizada que contrasta con la extraña devaluación que de Rosa Chacel han hecho desde Eugenio de Nora a Iglesias Laguna, temo que más por desconocimiento que otro tipo de razones culturales.

Devaluación que se hace extensiva a todos los monosilábicos ensayistas que de forma tan depauperada como nefasta han tratado estos temas de la novela española contemporánea.

Poesía y biografía

Coincidiendo con el estallido de la guerra del 36, Rosa Chacel publicó un libro de versos, prologado por Juan Ramón Jiménez; se trata de *A la orilla del pozo,* que agrupa unos treinta sonetos, dedicados cada uno a un amigo de la poetisa, bien a modo de semblanzas o como comentario de otro tipo. De esa poesía, en un prólogo a la única edición que existe —agotada ya hace años— de las *Memorias de Leticia Valle,* se dice que con estos poemas se inicia la poesía epistolar de la autora, que posteriormente —parece ser en 1937— continuaría con su «Epístola moral a Sérpula», publicada en la primera época de *Hora de España,* la revista del grupo formado, entre otros, por Sánchez Barbudo, Altolaguirre, Ramón Gaya y Juan Gil Albert —otro nombre a recuperar—. La actividad de poetisa de la Chacel se continuó posteriormente en Buenos Aires, publicando poemas en *Sur, La Nación,* más en *Insula,* la revista española, cuya labor en defensa de nuestra cultura está todavía por compilar.

Ya en 1941 nuestra autora da a conocer un nuevo libro en prosa *Teresa,* biografía novelada de Teresa Mancha, la amante y musa de Espronceda, inspiradora del famoso «Canto a Teresa». Este libro fue escrito antes de la guerra, pero no pudo publicarse hasta la fecha indicada. Posteriormente fue reeditado en Madrid en 1963.

Amor en Leticia Valle

En 1945 se publica la, para mí, más hermosa novela de Rosa Chacel: *Memorias de Leticia Valle.* En ella se narran las desventuras oscuras, presentidas y fatales que una joven adolescente relata ante su perplejidad frente a las disyuntivas que lo real propone, golpeando violenta, incesantemente, con su exasperada y espantosa crudeza, caminos que la soledad y lo cotidiano inscriben en un oscuro fondo de designios imprevisibles de penetrar en la caótica amargura, que un intento de escapada contra la infelicidad sólo consigue hacer más tangible, descubriendo el dolor y la desesperanza.

El conocimiento, las verdades que suscitan los códigos establecidos, son para Leticia una trampa que la cultura propone para ocultar la

infelicidad. La inutilidad del conocimiento se evidencia cuando se transforma en una maraña de signos manchados de sangre que la moral individual no consigue explicar ni justificar, sino tan sólo sufrir. Leticia arranca a la naturaleza misma, en su permanente disección atemorizada, los signos de su sufrimiento (que no limita en una explicación sociologista), y del que emergen, como en cuadro del Bosco, pájaros muertos, conejos muertos, ratones muertos, la Naturaleza asesinada por sí misma, condenada a su inmolación fáustica, a un fetiche inexistente, que toma forma en la huida de los enemigos, en la inútil escapada, condenada al suicidio o la caída, cuando las fuerzas, la astucia o el amor nos abandonen. Y esa dialéctica, como en una cita célebre de Proust, asegura la supervivencia de la vida, y con la supervivencia, el dolor y el sufrimiento.

Después de Leticia Valle, Rosa Chacel publicó un espléndido libro de cuentos: *Sobre el piélago* (1952). Un entrañable crítico amigo ha dicho de alguno de los relatos comprendidos en ese libro que «no le hubiera importado firmarlo al mismísimo Poe»... Yo también tengo esa misma opinión. ¿Qué mejor elogio y comentario?

Posteriormente aparece la *summa* chaceliana: *La sinrazón*, publicada por vez primera en 1960 en Buenos Aires y reeditada en España hace unos meses por Editorial Andorra. Está fuera de dudas que, apreciaciones personales aparte, en *La sinrazón* se resume, condensa y sistematiza el universo chaceliano. Me agradaría poder detenerme en este libro asombroso, pero necesidades de espacio me condicionan ferozmente. Las coordenadas que he apuntado en Leticia serían ampliables en esta novela, aunque haciendo una apreciación fundamental: mientras que en Leticia la infelicidad es un problema individual, en *La sinrazón* el universo moral se ha ampliado con un trasfondo colectivo, y los laberintos de la infelicidad adquieren una perspectiva compleja. Kafka y el existencialismo han sido perfectamente asimilados. La novelista cuenta con un fabuloso aparato retórico. El protagonista, confundido en su amargura, ve cumplido su destino en la demarcación que ha supuesto la insumisión a las reglas del juego propuesto: «A las leyes humanas, simples y terminantes, habría podido obedecer sencillamente, cumpliendo con mi obligación en el mundo, siendo uno de esos hombres en los que la personalidad de ciudadanía marcha tranquila y sana, sin más que alguna leve afección de la conciencia, para la que siempre existen analgésicos...» *

---

* He podido consultar un libro de ensayos todavía inédito de esta novelista, titulado *La confesión*. Cuando aparezca próximamente (Edhasa, colección «El Puente Literario») el lector podrá admirar la rica prosa chaceliana.

Los ansiolíticos liberan de tensiones que el infierno urbano nos condena a sufrir. Los biolavantes lavan suciedades, asesinatos e inmoralidades. El bicarbonato produce buenas digestiones allí donde no es posible digerir las brutalidades cometidas. También la conciencia, la moral, tiene analgésicos, pero son vanos sucedáneos que intentan llenar el vacío que se derrama entre la soledad, el dolor, el miedo.—JUAN PEDRO QUIÑONERO *(Cardenal Silíceo, 37. MADRID).*

SORPRESA EN EL TEATRO ESPAÑOL: UN NUEVO AUTOR «ANTIGUO»

Debo de advertir que mi encuentro con uno de los —para mi gusto— más originales autores dramáticos del momento y, por añadidura español, no ha tenido lugar en España, sino fuera, allá por Centroeuropa, y no fue pequeño el papel que desempeñó al respecto el joven asesor *(Dramaturg)* de un teatro alemán de provincias, pero ambicioso y de buena prensa, el de Mannheim, que cuenta también con un pequeño escenario de teatro experimental, actualmente en reforma. Para esta sección de cámara, siempre anda buscando dramas nuevos de mérito el mencionado joven, y gracias a la mediación del Instituto de Teatro en Viena, del que fue alumno, se fijó en la traducción alemana de varias piezas de vanguardia de un autor español, sobre el que actualmente se está haciendo una tesis. No pude menos de confesar mi sorpresa ante el nombre del dramaturgo, conocidísimo en otro terreno, que, si bien guarda relación con la literatura, es vínculo que normalmente no suele ser tan estrecho; me refiero al escenógrafo Francisco Nieva.

Mucho me gustaron aquellas piezas, igual que otras más que fui conociendo, y tan notables me parecen, que me he decidido a realizar un pequeño estudio sobre este sorprendente teatro tan nuevo y a la vez tan antiguo, pues lleva su autor largos años en el oficio de secreto artesano de comedias estilísticamente emparentadas con el teatro del Absurdo. Obras de la adolescencia, escritas por el 47 y 48, como la *Pascua negra,* constituyen deliciosas muestras de humor esperpéntico no ausente de ternura. Se acusan situaciones como la del condenado a muerte, forzado comedor de huesos en el banquete del dictador de un lejano país, al que asiste metido en un baúl con la cabeza fuera.